

## **El espejo de DANIEL.**

**By Elias Hasbun, MD**

Fue una soleada tarde cuando Daniel lo vio en la vitrina de un anticuario. Aunque no le interesaban las antigüedades y apenas le quedaba el mínimo dinero para pasar el resto del mes, decidió comprarlo. Simple, ovalado y con un marco de metal que rayaba en lo espartano, su superficie no tenía la brillantez de otros espejos sino el color negruzco de la plata vieja. Reflejaba las cosas más como sugestivos fantasmas que como realidad. Estimó que costaría una fortuna y por ello no mostró mucho interés, pero grande fue su sorpresa cuando el dueño le confió que nadie se interesaba en él y, haciéndole una increíble rebaja, casi se lo dio regalado.

Al verlo sintió que el espejo era como una metáfora de su vida: Así como ese pobre armatoste no podía reflejar al mundo, así él no podía capturarlo en sus palabras, logrando sólo una escritura de imágenes turbias y confusas que no interesaban ni decían nada a nadie. No le importaba el éxito tanto como atrapar sus sueños en el cristalino ropaje de una prosa sencilla pues Daniel creía que sus fantasmas tenían existencia propia en una mente universal. Ambicionaba compartir la inmortalidad con los que habían sido capaces de vestirlos con los pelajes de cada día y la frescura de lo nuevo al mismo tiempo, haciendo que vivieran en las páginas de sus historias cuando sus huesos fueran ya polvo.

Las pocas páginas escritas en la agonía de la noche eran destruidas con la duda y la vergüenza del amanecer: "Por pensar en vez de vivir, la vida se me ha escurrido entre las manos. Por explicar lo evidente en vez de maravillarme del milagro he quedado estéril como el desierto y oscuro como la noche", pensaba al ver al espejo tan menospreciado, como su vida, que hasta regalárselo habían querido.

Olvidó el espejo en el tocador de su baño y por meses se dedicó a vagar por la ciudad, olvidando comer y tratando de recapturar la vida. Las palabras brotaban a borbotones en su mente pero él se negaba a darles vida en el papel hasta obligarlas a que crecieran, se inflaran y desinflaran, mostraran sus ternuras, sus secretos, sus resonancias. Mientras sufría hambre de cuerpo, su espíritu se empachaba con semillas de historias que pugnaban por salir a la vida, pero fiel a su promesa, Daniel no escribió por largos y largos meses.

Una noche, al mirarse en el espejo, como lo hacía casi como un ritual antes de dormir, se sorprendió de la prístina claridad con que su rostro se reflejaba. Vio que de pronto la cara de su niñez, la de sus padres, sus abuelos y tíos, los paisajes de su pueblo, la barba piojosa de un mendigo al que le daba el almuerzo, el río, se sucedían simultáneas, contándole historias de ensueño que pese a haberlas vivido nunca había entendido. Cada noche el espejo le contaba una historia diferente, a veces del pasado, a veces del presente y muchas del futuro. Pudo ver su cara en la edad madura metamorfoseándose en la de su vejez y luego de nuevo en la de su niñez. Vio la historia de sus células migrando en la oscuridad uterina para lograr el milagro, vio todo. Todo se le revelaba con una frescura de manantial que manaba directamente en las historias, que ahora, incapaz de resistir el embiste, se atropellaban día y noche en incontables y exquisitas páginas que no tardaron en ser publicadas, alabadas y hasta reclamadas por un público lector que las esperaba con hambrienta avidez.

Lo único que se sabía era que un nuevo genio, capaz no solo de reflejar sino de aumentar la vida, había surgido entre los humanos, que sus manuscritos llegaban a los editores sin dirección de retorno, sin nombre, sin pseudónimo y sin siquiera demandas monetarias. Y era verdad, porque

Daniel, temeroso de que la adulación del mundo matara las imágenes del espejo, se encerró en su cuarto y, sirviendo a su pasión, nunca cambió su estilo de vida. Ciertamente es que abrió una cuenta secreta para que los lectores donaran en ella lo que quisieran para mantener la vida del escritor, pero de los millones de millones que se acumulaban apenas usaba unos centavos en él y el resto lo donaba anónimamente a caridades.

La crítica declaró que hasta "el tema más trillado recobraba esplendor y frescura y que el incógnito escritor, con su pluma, estaba reinventando el mundo". Y es que el espejo le revelaba lo común desde un ángulo original y único y el mismo Daniel, extasiado, llegó a confundir el mundo del espejo con el de la realidad. Para él y sus lectores el mundo nacía cada día y sin embargo nunca envejecía.

Y cuando estuvo completamente enamorado del misterioso espejo, un día vio su propia muerte reflejada en su superficie. Memorizó los detalles: El cuarto en que moriría, la cama en la que su cuerpo yacería, el pijama que lo vestiría, los cuadros que adornaban las paredes, los colores de las cortinas, la luz que se escurría en la habitación delatando un sol del atardecer. Vio y reconoció el final de su vida. Todo estaba allí, menos el tiempo en que su muerte sucedería.

Tuvo sabor a cenizas al reconocer su mortalidad y pasó días y noches luchando con la pregunta de la fugacidad de la vida. De pronto se le iluminó todo. Si evitara estar en ese cuarto, usar esos pijamas, echarse en esa cama, evitar en minucia detallada la precisión de su visión, entonces nunca moriría. El espejo, al mostrarle su muerte, le regalaba inmortalidad. De inmediato escondió en armarios las sábanas y edredones, las cortinas y pijamas, los cuadros y todos los detalles que había visto en el cuarto de su muerte y lo mandó a tapiar, para que nunca, ni por error siquiera, pudiese entrar al recinto de su muerte. Si el ingrediente fundamental, su cuerpo, faltaba en esa cama, entonces nunca podría morir y así, sería el primer hombre que engañara a la muerte.

Sus historias adquirieron ahora una potencia y seguridad que antes les faltaba. La crítica y la gente deliraba por leerlas y cuando sus contemporáneos murieron, Daniel se sintió libre de dar a conocer su nombre a las nuevas generaciones.

Entonces notó que el mundo se modelaba de acuerdo a sus historias, pues de tanto leerlas las historias modelaban la mente de los hombres. Al comienzo sintió el poder y la pasión de dirigir destinos pero con el tiempo, se sintió instrumento del espejo. Era él el que dictaba las historias, él el que modelaba el futuro, él el que dictaminaba. Toda la fama y el dinero y el poder del mundo le quemaron el alma y Daniel ahora escribía las historias con la agonía del esclavo que vende su libertad y no con la gloriosa sensación del creador. Y su condena era eterna pues el espejo le había mostrado como evitar la muerte y hacerse inmortal. Decidió que destruiría al engendro que al dominarlo a él dominaba al mundo. Prefirió un mundo caótico pero libre a uno perfecto pero esclavo. El espejo robaba libertad.

En su afán de destruirlo rayó su superficie con afilados aceros, la pintó de negro, la cubrió con lienzos, la arrojó en hornos encendidos, pero el espejo, como un ave fénix, nunca se dañaba y cada noche lo obligaba a transcribir historias que mientras más aclamadas eran por el mundo más odiadas eran por Daniel.

Y su vida fue tortura.

Y se decidió por la libertad.

La única forma era morir. Vencer su miedo a la muerte no sólo lo liberaría a él, sino a todo el mundo, del espejo: La artimaña magistral de mantenerlo inmortal podía ser dirigida contra su creador. Primero, para estar seguro que se perdiera al menos por unas horas y no interfiriera en su muerte, Daniel arrojó el espejo en el fondo de un lago, y luego, con sosegada dignidad se despidió de la vida: Abrió el cuarto de su muerte, arregló la cama y usó las mismas sábanas y edredones,

almohadas y sillas que había visto en su visión y había mandado a tapiar. Se puso luego el pijama con que el espejo predijo su muerte y colgó los adornos respetando cumplir los mínimos detalles que el espejo le reveló sobre su muerte. Cuando la luz se filtró delatando un sol poniente, apaciblemente, tal como la había visto varios siglos atrás, vino la muerte y Daniel supo que al vencer su miedo había derrotado al espejo.

Por un tiempo hubo caos en el mundo. Los códigos humanos, sin guía ni sendero fueron devorados por la vorágine de lo impreciso y de lo relativo que despertó una chispa creadora de nuevos valores y nuevo arte. El mundo volvió a ser como aquel que Daniel había conocido cuando era un escritor inédito y oscuro. Hubo diversidad.

Un día, años después, unos pescadores notaron junto a los peces en las redes, un viejo espejo, que ni siquiera podía reflejar el mundo claramente sino que rodeaba las imágenes de una bruma difusa en su superficie de plata quemada. Lo vendieron a un anticuario por unas cuantas monedas. Y ahora se exhibe en una de sus vitrinas, escondido entre objetos de más magnificencia, esperando que un ojo apropiado algún día lo vea.